hijos, Alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, Jacobo Schmitter y señora Empleados del Cajón "El Pasaje," Gustavo Quiñones, Ramón y Pedro Díaz, Flora Arroyo, Rafael Chousal, Manuel Lozano Granda y familia, Lorenzo J. Vázquez y señora, Carlos M. Moreno y Paz y familia, Alberto Ferríz é Ibáñez, Carlos A. Vélez y Josefina Orozco, Enrique Hernández y familia, Pascual Morales Molina, Santiago Graf, Alfredo Ferrat, Juan Henkel y familia, licenciado Manuel A. Mercado y familia, licenciado José Francisco Bulman, doctor Juan Rodríguez, Julio Bernal y señora, Consuelo López de Solano y Compañía Dramática, Club Michoacano Independiente, Mariano García y familia, licenciado Celso Vicencio y familia, Benito Sánchez Valdés y familia Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz," Isabel L. viuda de Inclán y familia, Tribunal Superior de Justicia del Estado, Colonia Española, Dirección General de Rentas del Estado, Banco del Estado de México, Escuela del Tívoli de Obreros, Froilán García Solares y familia, Administración de Rentas del Distrito de Toluca, Roberto Esteva Ruiz, Florentina Arriaga, Antonia García, Juana Gómez, Jorge y Manuel San Román, Margarita Hernández, Antonio Galván é Hilaria Balcázar.

En seguida se retiró la comitiva, hondamente impresionada por las escenas dolorosas que acababa de presenciar.

Los habitantes de la capital del Estado no recuerdan que haya tenido lugar alguna vez una manifestación tan significativa, tan suntuosa y tan imponente, como la tributada al señor general Villada. Ella demuestra por sí sola el valer del funcionario y el cariño del amigo á quien se dedicó y debe ser motivo legítimo de consuelo para la familia y para los numerosos amigos del finado Gobernador.

DISCURSOS.

OH, si fuera dable que rompiendo las tablas de tu féretro, te aparecieras ante nosotros en apoteosis gloriosa! Contemplarías el homenaje doloroso que viene á tributarte todo el pueblo, así el que mora en las elevadas cimas, como el que vive en las humildes llanuras; porque ahora todos, como si fuesen un solo corazón están poseídos del mismo sentimiento: el amor hacia tí, como si fuesen una sola alma se prosternan ante el mismo culto: la veneración de tu memoria. Es que semejante á esas estrellas, que se extinguen en el confín de los cielos; pero cuya luz continúa iluminando las noches serenas, tú, señor, al desaparecer en las sombras eternas de la muerte, esparciste la claridad vivísima que luce en tus obras inmortales.

Yo creo, yo estoy seguro de que hasta en el rincón más remoto del Estado, no hay, en estos tristes momentos, un pecho que no esté desgarrado por la pena, no hay un pensamiento que no venga aleteando hasta tí, para formarte una hermosa corona en torno de tu frente donde por desgracia ya duermen para siempre tus ideas, tus ideas que hasta en el delirio de la fiebre mostraron cómo era en tí noble obstinación tu empeño por el progreso y engrandecimiento del Estado.

Existe una muerte tétrica, la muerte negra, la que entenebrece al espíritu y deja crecer sobre las sepulturas olvidadas el cardo y la maleza; pero hay también la muerte consoladora, la muerte blanca, la que reviste al espíritu de ropaje luminoso y enciende sobre las sepulturas queridas los astros perdurables del recuerdo. ¡Oh, qué hermoso morir sintiéndose amado y bendecido! ¡Qué hermoso morir sabiendo que el último suspiro que nos arranca de la terrestre vida es el primer grito de triunfo en la vida de la inmortalidad! Sí, en la vida de la inmortalidad; que no mueren quienes, como

tú, alcanzan esa memoria imperecedera que se nombra la fama, quienes, como tú, hacen de su nombre una estrofa más del himno que entona la humanidad al sentirse inflamada en la ardiente adoración de sus sabios, de sus apóstoles, de sus héroes, de sus mártires, de sus benefactores. Para el mérito la muerte es una purificadora. Limpia, aparta el cieno que salpica á todo hombre por el contacto con la escoria mundana y conserva reluciente y sin manchas el metal puro. Ese eres tú, señor.

Tu labio mudo, tu pensamiento silencioso, tu actitud inerte, no serán ya más el estímulo, el aliento que agrupaba en torno tuyo á los leales, á los que te acompañaban en tu incansable labor; pero quedan tu ejemplo, tu enseñanza, tu obra, que el Ejecutivo llamado por la ley á sucederte, recibe como un depósito sagrado y guardará incólume como legado de tu preciosa herencia administrativa.

Marcha en paz, varón insigne, marcha en paz á dormir en el seno de la madre tierra, que el Estado conservará con orgullo tu glorioso nombre escrito á su frente, y nosotros, los que tanto te amamos, conservaremos tu recuerdo, lámpara bendita encendida en nuestra alma para iluminar las tinieblas de tu ausencia eterna.

JUAN B. GARZA.

EL Poder Legislativo del Estado, genuino representante del pueblo que, vibrando de espanto y de infortunio, se abisma bajo la inmensa pesadumbre de un dolor tremendo, me comisiona para que en su nombre dé la eterna despedida al funcionario ejemplar, muerto en pleno é inteligente ejercicio de su alta investidura, y para que coloque la primera piedra del monumento soberbio de gratitud y de amor que el Estado habrá de levantar en su piedad y en su memoria al más ilustre de sus gobernantes. Y cuando aún en lo íntimo de mi sér, prendido como un crespón luctuoso que azotan ráfagas de muerte, llevo el recuerdo para siempre imborrable de esa enfermedad cruenta, cuando aún resuenan en mis oídos los últimos lamentos de esa agonía tristísima, el deber me iergue frente á la fosa en donde van á derrumbarse las más nobles enseñanzas de mi pasado, el más firme apoyo de mi presente y, tal vez, las más risueñas esperanzas de mi porvenir, y pone en mis labios el elogio póstumo que en este amargo instante de las supremas glorificaciones caerá sobre el despojo inerte y bien amado del señor Villada como nuncio de la apoteosis reverente que preparan las bendiciones de la posteridad.

Perdonad, señores, que trasponiendo acaso los serenos límites de la misión oficial que me incumbe, penetre al campo devastado de los sentimientos personales; pero ante el cadáver de quien, por ministerio augusto del cariño, ejerció sobre mí una santa paternidad, abrumado por esta irreparable é impía desgracia, no puedo ahora, no podré ya nunca encontrar en mi cerebro más que ideas prosternadas como vírgenes suplicantes, ni en lo profundo de mi espíritu más que sensaciones bárbaramente crispadas por la angustia, que bullen, se atropellan, se desvanecen en el temblor de la emoción, se anudan como un dogal á la garganta, asoman en un vaho caliente á las pupilas, y caen al fin, vencidas, queriendo, en su impotente rebeldía, gritar á las frentes doblegadas

y á los corazones hechos pedazos, el verso del poeta alemán, puro y diamantino como una lágrima: "hermanos míos, ya todos somos huérfanos."

Y yo os juro, señores, que si tal hiciera, una formidable explosión de sollozos contestaría en todo nuestro territorio á la palabra evocadora que así sacudiera las almas rebosantes de ternura, porque en verdad la gloria más alta del venerado ausente es la bondad inmensa, inagotable, que hizo de él un constante, un maravilloso, un excepcional distribuidor de caridad.

El amor, el amor intenso y llameante fué el ánima fecunda de la existencia que un mal, implacable como la fatalidad, acaba de extinguir en ese trágico crepúsculo apagador de estrellas que se llama la muerte. Amor que albea en mágicas auroras de ensueños al iniciarse la vida del señor Villada, que arde en viriles ímpetus en el zenit de su carrera militar, que ilumina como un sol sin mancha todos sus actos políticos y administrativos, y que todavía hace unas horas brotaba de su noble pecho jadeante y arteramente herido, sobre el que con mano trémula estrechaba las cabezas de sus hijos, mientras que con labios helados ya por el beso de la Esfinge murmuraba palabras de consuelo para los pobres, los desheredados, soñando en abrirles dulces lejanías de bienestar y de progreso.

¡Cuán grande, cuán fecundo es el ejemplo, que surge de esta tumba que va cerrar el cariño y que regará en piadoso rocío el llanto de todo un pueblo! ¡Cuán hondas enseñanzas se desprenden de la vida extinta que alentará para siempre con nosotros, inmortalizada por el soplo de resurrección del recuerdo! ¡Cómo ante los ojos de nuestra alma va á levantarse en las horas de tristeza, para engastarse en las sombras como un astro, para ungir las heridas como un bálsamo, para flamear sobre los abatimientos como una bandera!

Desde muy temprano, en su juventud ennoblecida por el trabajo, santificada por la labor perseverante y empolvada de oro por el divino miraje de la eterna ilusión, el señor Villada abandonó el útil del obrero para empuñar la espada del patriota y aportó su viril energía á la falange sagrada de buenos hijos que al amar á la Libertad se desposaban con la muerte y que aceptaron heróicamente el sacrificio ilimitado y la abnegación sin restricciones. En el hermoso poema no cantado de la Guerra de Intervención, en la epopeya salpicada de sangre y constelada de gloria que en las páginas de la historia nacional resuena con el fragor de un canto homérico, la figura del señor Villada se destaca en juvenil bajorelieve, culmina con bélicos ardores sobre las trincheras humeantes de Tacámbaro y se desprende del fondo sombrío de

un holocausto inminente en la siniestra capilla de Uruapan. Paladín ardoso de la buena causa, la generosidad infinita de su alma le ampara cuando las balas sacrílegas de la traición armada iban á hacer blanco en su corazón sin miedo, y puede así entrar triunfador á Querétaro, cicatrizar con manos filiales las heridas de la Patria, y llegar alta la frente é inmaculada la conciencia al recinto augusto de la Representación Nacional.

Comienza entonces su carrera política, en la que como diputado, como periodista, como presidente de una corporación municipal, como miembro del Senado, como funcionario y como hombre da rienda suelta á su espíritu organizador, á sus convicciones liberales nunca desmentidas, á sus generosos impulsos de progreso, á sus amplios anhelos democráticos, promoviendo adelantos, combatiendo errores, levantando muy alto los ideales del pueblo, acudiendo al socorro de los humildes y derramando el bien con esa fastuosa y natural profusión que era para él una necesidad orgánica y en la que se encierra el secreto de su irresistible simpatía y de su merecida popularidad.

Más tarde, el voto del Estado lo encumbró á la más alta magistratura del mismo, y desde entonces fué nuestro, enteramente nuestro, con dedicación jamás cansada, con la solicitud de un padre y con la voluntad, la buena fe, la honradez sin mancha que sellaron todas sus obras. Nivelar y acrecentar la hacienda pública, manejarla con escrupulosa probidad, alentar á la industria, fomentar el comercio, protejer al obrero, formar maestros y abrir escuelas sin tasa ni medida, impulsando poderosamente la educación popular, mejorar hasta hacerlas extraordinarias las condiciones materiales del Estado, establecer benéficas instituciones que son su mudo y elocuentísimo elogio, luchar diariamente, sin fatiga ni desmayo con la ignorancia, con la pereza, con la enfermedad, con la miseria, con el vicio, con todo lo que inficiona y mata, y preconizar la instrucción, el trabajo, la higiene, el ahorro, la temperancia, la virtud, todo lo que redime y salva, fueron la tarea magna á que se entregó, que no ofrece desde hace quince años solución de continuidad y que le conquistó algo mayor que su permanencia en el Poder, y que su título de benemérito, la gratitud del pueblo que va á arrodillarse como una estatua orante sobre la fosa.

Todo, todo nos lo dió el general Villada, su talento, su energía, su constancia, su corazón.....su vida. Recojamos y guardemos con veneración inmensa el dón supremo de los despojos mortales que con helada inclemencia nos arroja la alevosía del destino, y hagamos de la tumba del patricio una ara de nuestro culto reverente, porque la gratitud no es una

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

belleza del espíritu, sino un santo, un ineludible deber. Descanse por primera vez, y ay, ya para siempre, el hombre bueno, el soldado valiente, el funcionario eximio, custodiado por el respeto y el amor del Estado que por la voz de su Poder Legislativo, humildemente representado por mí, sanciona, estima, y aprueba todos, exclusivamente todos los actos de la administración modelo que terminó ya.

Y nosotros, los que fuimos y seremos siempre suyos, volvamos á nuestros hogares enlutados á regar con llanto el pan que le debemos, á enseñar su nombre como una oración á nuestros hijos, y en los días de amargura y de derrota, templemos nuestra alma en su recuerdo y vengamos á este recinto de la paz que no acaba, para pedir aliento á su memoria, diciendo como Orestes en la Trilogía de Esquilo: "aquí estoy y te llamo, padre, escúchame!"

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

EN estos momentos de duelo y angustia para todo un pueblo, en que acaba de extinguirse una vida útil y desaparece de la escena pública un hombre benemérito, viene el Superior Tribunal de Justicia á este silencioso asilo de la muerte á tributar por medio de mi palabra humilde pero sincera, sus postreros elogios al estadista insigne, que pasó por el gobierno del Estado, dejando trayectorias de luz y de progreso y que ha muerto entre las bendiciones de una sociedad que supo estimar sus altas virtudes privadas y aplaudir, con ferviente entusiasmo, todos los adelantos que conquistó para este mismo pueblo el señor general José Vicente Villada.

El Tribunal, por razón de su carácter y de sus atribuciones legales, tiene que proclamar muy alto, que una de las principales cualidades del ilustre muerto, fué su grande amor por la justicia, su inmenso respeto á la ley y su culto ferviente por la honradez. Así es, que los Tribunales del Estado, de probidad tradicional, han podido funcionar durante los quince años de la administración del señor general Villada, sin presiones ni consignas de ninguna clase, independientes absolutamente de toda influencia política, siempre nociva, pues nadie ignora, señores, que donde el Poder Judicial no encuentra garantías de independencia, no puede cumplir con el principal deber que le impone la moral, la ley y la sociedad; no puede realizar en su alta filosofía, el gran precepto de dar á cada uno lo que es suyo. El señor general Villada ha descendido al sepulcro sin que haya jamás recomendado ni á Jueces, ni á Magistrados un solo negocio; sin que por la presión de su autoridad ó de su prestigio, se haya fallado contra la ley algún litigio; sin que se hayan violado por su culpa los preceptos de nuestros Códigos; sin que se haya dañado á nadie, ni en su honor, ni en sus bienes, por su causa ó por su orden. Y si estas no son virtudes eminentes; si el hombre que logra ser superior á todas las pasiones humanas no merece bendiciones y apoteosis; si los espíritus altos no

alcanzaran el amor de un pueblo, podríamos creer entonces que los sentimientos de justicia y de gratitud se habían extinguido. Por fortuna no pasa así, y esta ceremonia imponente, este público y solemne duelo revelan claramente cuánto ha sido amado el señor gobernador del Estado y cuánto será respetada su obra inmensa por las generaciones venideras.

Otros oradores harán un amplio elogio de todos y cada uno de los servicios que prestó á este pueblo, que ha quedado hoy huérfano, el eminente ciudadano que acaba de abandonarnos; pero no creo yo salir de mi misión, si recuerdo sus luchas de soldado en pro de la patria y de la independencia nacional; no creo que será tampoco extraño á mi misión proclamar frente á este cadáver, todos los bienes que deja como imperecedero recuerdo, de un confín á otro del Estado. Por donde quiera que dirijamos la vista vemos sus obras materiales y morales, sus hospitales donde encuentran consuelo y alivio los que sufren, sus escuelas donde están los gérmenes de nuestro porvenir y de nuestras fuerzas futuras, sus asilos que sirven de amparo á los ancianos y los niños, sus monumentos que eternizan la memoria de nuestros héroes y de nuestros mártires; sus instituciones de beneficencia que proclamarán al través de las edades su corazón altruista; sus leyes que otorgan beneficios á los obreros, su campaña viril y enérgica contra los vicios que degradan á nuestras clases trabajadoras; y en una palabra, toda su obra complexa, grande y gloriosa que revela en esa cabeza que acaba de inclinarse ante los misterios de la muerte, una fuerza intelectual superior y en ese espíritu que acaba de extinguirse, un temple de acero.

Estos son los sentimientos, estas son las ideas del Poder Judicial del Estado sobre el gobernante prócer que ha caído lleno de gloria en el seno de la inmortalidad. Tócame á mí, en nombre de la judicatura y de mis respetables colegas del Superior Tribunal de Justicia, venir á ser intérprete de esos afectos, y al concluir mi misión, permitidme, señores, que os exija frente á este cadáver, una formal protesta de respeto para la memoria del señor general Villada y una santa promesa en bien del pueblo: que procuraremos seguir su obra en el Estado, porque es obra de amor, de progreso y de redención.

CARLOS CASTILLO.

GRANDE, muy grande es la honra que el H. Ayuntamiento hace caber en mi pequeñez encomendando á mi sencilla palabra la difícil expresión del magno dolor que como un hierro cruel é implacable nos hiere las entrañas. Que la benévola y digna Corporación Municipal me perdone si no alcanzo hasta el fondo de su profunda pena ó si llevado de mi propio sentimiento ensancho hasta el infinito la estrecha fórmula consagrada por la costumbre y rompo el clásico molde de carácter oficial para abrir paso á los íntimos afectos del corazón.

No es extraño que el Municipio, como entidad política, vista de luto y llore al íntegro Jefe del Estado no sólo por la solidaridad que siempre existió entre ambos, sino porque éste que era un espíritu democrático, una verdadera encarnación republicana, amó á la institución municipal, principio y sustentáculo de nuestro sistema de gobierno.

Yo no puedo señores, venir á pesar fríamente en la precisa balanza de la crítica los hechos del gobernante que más ha trabajado por el bien de nuestra entidad federativa; yo vengo, ante todo, á dar cumplida satisfacción al duelo que nos acongoja, que nos atribula al ver caído é inerte al que fué fuerza y acción, al ver callado para siempre al que era voz de libertad y de progreso; al ver aturdida por golpe mortal una cabeza que pensaba alto, é insensible un pecho que sentía hondo, muy hondo.

Bajo esta impresión, dolernos de su pérdida en nombre de amistosos sentimientos y de sociales deberes es egoísmo; quien amó á la Patria y la humanidad con entrañamiento como él debe ser sentido y llorado en nombre de la grandeza de la humanidad y de la patria.

En este solemne instante de supremas reparaciones, mentir es lo mismo que pretender empañar la limpidez eterna de

este horizonte en que se tocan la tierra y el cielo; pero en esta misma penumbra en que se aproximan y confunden la nada y el todo, la iniquidad y la ingratitud, ultrajar la inviolable magestad de la muerte si olvidan el bien y ahogan los ayes del dolor.

Enaltecer los méritos del ilustre varón é inclinarnos ante su cadáver tristes y sombríos es un acto de justicia reclamado y exigido por la conciencia pública, por la dignidad humana, por el sentimiento y la razón. Es en abono de la inmensa é insolventable deuda contraída con él por sus servicios prestados á la patria y al Estado de México al que paga con sus huesos haberle gobernado.

Dije que la muerte del señor general Villada era digna del pésame de la humanidad y lo repito. Para él, el problema del gobierno era menos político que moral, y la fórmula resolutiva era la rehabilitación intelectual del pueblo. Este alto criterio filosófico que le condujo á fundar y sostener escuelas y talleres basta para colocarle entre los verdaderos amantes del bien público.

.....

Duerme tranquilo el profundo sueño del eterno reposo; no temas que el juicio y el fallo de la opinión te sean adversos, ahí está tu labor que habla por tí: comienza en las profundidades y acaba en las alturas, comienza en la obscuridad y acaba en la luz; la escala por donde te encumbraste es un amontonamiento, una superposición de obstáculos tan grandes que sólo la omnipotencia de la muerte ha podido derribarte de ese pedestal. Soldado, escritor y gobernante has triunfado de los hombres y de las cosas por la ciega fe en tu destino, por la perpetua exaltación de tus ideales de verdad y de belleza que era como la renovación constante de tu ser. Tú, no puedes morir, tu amor á la patria y tu gestión administrativa en el Estado de México te libran del olvido. Tu obra es imperecedera por su magnitud y solidez y porque el esfuerzo humano aplicado al bien es siempre una potencia máxima incontrastable. ¡Bienaventurado, feliz tú que has muerto con la conciencia de haber sido grande, de haber sido amado por todos!

Restituyamos, señores, esos yertos despojos á la tierra y mientras el formidable soplo de lo desconocido viene á removerlos y á lanzarlos á la eterna metamórfosis que la paz sea con ellos y sus manes con nosotros.

JUAN DE D. MONTERO.

LA muerte, como el rayo, hiere frecuentemente con su segur niveladora las cabezas que sobresalen entre la multitud. Hace apenas muy pocos días, ¿quién hubiera creído que la noble existencia del ilustre gobernante que regía con acierto incomparable los destinos de uno de los más importantes Estados de la Federación, iba á extinguirse en breve? ¿Quién de nosotros, al estrechar su mano franca y leal, hubiera presentido que por la vez postrera cambiábamos con él esas manifestaciones de acendrado afecto, que al rendírselo, nos honraba, porque se lo consagrábamos á un hombre de corazón generoso y magnánimo; que al recibirlo de él, nos dignificaba doblemente, porque—siguiendo la feliz expresión de un gran poeta—la amistad de un varón justo y bueno, es un beneficio del cielo! Y en presencia de esta fúnebre solemnidad, y enmedio de esta inmensa consternación, forma ostensible de una calamidad pública, forzoso es inclinarse, siquier con el pecho henchido de hondísima pena, ante la ley ineludible de la muerte. Ella, como el rayo, fulminó ahora de improviso sobre una alta y blanca cima, y el estrago, por grave y devastador que sea, tan sólo es comparable en magnitud con nuestro amarguísimo duelo.

Vengo á unir mi voz en esta general manifestación de intenso dolor—que es la mejor apoteosis á que hubiera aspirado el que lloramos—con un título refrendado por una amistad inalterable de treinta y siete años, fortalecido por los mismos ideales políticos, sellado con las mismas aspiraciones en pró de la democracia y de la patria. Si cuadrara ufanía en la justa aflicción que nos agobia, dijera yo que vengo también en representación de una falange que al restaurarse la República, allá en los inefables días de 1867, alto, muy alto el corazón, y desbordante de legítimo orgullo por la más completa de las reivindicaciones que consigna la historia, consagraba todas sus aptitudes, todos sus esfuerzos y su entu-

siasmo juvenil, al bien de la patria, á la afirmación de la independencia, al imperio de la libertad, tanto más amada cuanto más grande fué el peligro que la amenazara de muerte. Pero esa falange ha cedido á la acción incontrastable del tiempo, y al avasallador embate de la muerte, y las compactas filas de aquel grupo, de los entonces jóvenes republicanos apenas si están representadas por algunos de sus más humildes supervivientes.

El que ha caído, no ha muchas horas, en el supremo combate, era uno de los más conspícuos de aquella generación. Resplandecía entre nosotros como un paladín de los tiempos medioevales, porque veíamos en sus sienes los laureles, siempre verdes y frescos, que había recogido en los escarbados campos de Michoacán; le admirábamos porque á semejanza del Bayardo caballeresco del siglo XVI, si era impetuoso león en los combates noble, y clemente y generoso había sido constantemente después de la victoria; le respetábamos, porque sabíamos que en un día de desgracia para la patria, vencido y prisionero, bajo una implacable ley de proscripción, había afrontado la muerte con la entereza de los primeros cristianos, que también la independencia es un culto, y la libertad una diosa; y le amábamos, porque él era amante y era y fué siempre bueno, pudiendo decirse de él lo que un cronista musulmán al referir la muerte de Salah-ed-din, el gran mantenedor del Islam contra la tercera cruzada: "que era "afable y cariñoso, y su mayor placer consistía en otorgar lo "que de él se solicitaba; que cuando murió, fué tan grande "el dolor de su pueblo como si hubiera desaparecido un pro-"feta, y que tanta aflicción provenía de que era amado, por-"que buenos y malvados, musulmanes é infieles todos le "amaban....."

Altos honores vinieron luego á premiar sus raros merecimientos, y sería vana tarea que yo encomiase sus aptitudes de gobernante, aquí, en presencia de este respetable concurso donde están representadas dignamente todas las clases sociales del Estado de México, testigos de sus actos y beneficiados con éllos. Durante los quince años de su administración, mostróse infatigable propugnador del bien público, celoso guardián de la ley, y ante todo, y sobre todo, funcionario demócrata. Dotado de un claro talento, aleccionado en la fecunda y ruda escuela de la experiencia, sintiéndose animado del patriotismo más puro, modelo de rectitud y probidad, y latiendo en su pecho un corazón generoso y siempre inclinado al bien, no es maravilla que la concepción que él se formó de la política, esto es, de la vasta ciencia del gobierno, fuera alta y nobilísima, y así los frutos de su intensa é incesante labor derramaron el bien y la prosperidad en el Estado de su

mando, y coadyuvaron eficazmente á la obra magna confiada por el pueblo al ilustre gobernante que preside los destinos de la República.

Sus últimos actos muestran, á manera de síntesis grandiosa, cuánta nobleza y cuánto amor hacia los humildes y los desvalidos irradiaban de ese generoso corazón, inerte ya: los habitantes de esta culta ciudad veían con cuánto afán velaba por la regeneración de los obreros; una de sus postreras iniciativas, y que es ya ley del Estado, mitiga, en lo posible, las consecuencias de la ruda labor del trabajo, en un tiempo considerado como castigo impuesto por la cólera divina, y hoy ennoblecido como ley social, santa y fecunda; y la última y más tierna de sus instituciones, la que mejor traduce, quizás, los bellos sentimientos de su alma, asegura la alimentación de la niñez desvalida.

¡Felices, señores, los que al transponer ese temido límite da la vida contingente para espaciarse seguramente en lo incomensurable y luminoso de la vida inmortal, son saludados por los que les sobreviven con los dictados de justos y de buenos! ¡Felices los que como el preclaro varón á quien dirigimos hoy el VALE postrero, entran en la tumba ungidos con las lágrimas y las bendiciones de un millón de sus compatriotas!

Descansa en paz, noble y caro amigo, y goza del bien ganado sueño, después de la fatigosa jornada; la tierra que tanto amaste, se abre hoy para recibirte en su seno; pero como la madre cariñosa que arropa y calienta y arrulla á sus hijuelos, tu claro nombre vivirá siempre aclamado en los anales del Estado de México; brillará honrosamente en la historia de nuestra augusta madre común, la República, y perdurará tu recuerdo en lo más íntimo del corazón de tus amigos que te felicitan por haber vivido, porque fuiste bueno; que te felicitan por haber muerto, porque fuiste justo, y has entrado en la vida inmortal.

JULIO ZARATE.